

MADRID: TEMPORADA 2004-2005

DE LA ESPERANZA A LA MEDIOCRIDAD

José Gabriel Antuñano

La temporada 2004-2005 de Madrid se ha definido por los cambios de directores en los teatros públicos y las esperanzas depositadas en las programaciones del Centro Dramático Nacional y de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, de titularidad estatal, y del Teatro Español, propiedad del ayuntamiento madrileño; sin embargo, la decepción ha seguido a los espectáculos programados por los mediocres resultados. No obstante, todavía les queda crédito para remontar el vuelo en la próxima temporada.

Teatros públicos

Por orden cronológico, el primero en tomar posesión fue Mario Gas al frente del Español en la primavera del 2004. El muy generoso presupuesto del ayuntamiento madrileño ha permitido a este director contratar una serie de espectáculos de primera línea y ampliar la plantilla del teatro a la medida de sus deseos. Por el teatro de la plaza de Santa Ana han pasado directores de escena cualificados con propuestas singulares: Jorge Lavelli (*La hija del aire*, de Calderón), Robert Wilson (*La tentación de san Antonio*), Andriy Zholdak (*Hamlet Dreams*) y Deborah Warner (*Julio César*), además de Robert Lepage con su fallida *Celestina* y la Royal Shakespeare Company en programación del Festival de Otoño de Madrid. Junto a estos y otros espectáculos significativos, como *La meua filla sóc jo*, del siempre inquietante Carles Santos, dos producciones propias, en julio del 2004 la zarzuela *La eterna canción*, dirigida por el adjunto del Español, Ignacio García; y en la primavera del 2005 *Romance de lobos*, dirigida por el asesor literario de la casa, Ángel Facio.

Este segundo espectáculo quizás ha sido uno de los más sobresalientes de la temporada madrileña, por la creación de atmósferas, la tensión dramática y la unidad interpretativa —en tonos y estilos—. No llegó a ser una propuesta redonda por el lastre de una extensión excesiva y gratuita, al incluir otros textos de Valle-Inclán decididos por el director; por un ritmo lento a consecuencia de una escenografía complicada y mal resuelta, y por la característica sobreactuación llena de tonillos del intérprete principal, Manuel de Blas.

Con esta programación, el Español ha conseguido cambiar de espectadores, llenar bastantes días y ofrecer una serie de espectáculos, como los arriba reseñados, al margen de festivales, interesantes para pulsar la escena mundial. Sin embargo, a esta oferta cabe discutirle si la exhibición

en lugar de la producción propia es la línea adecuada para un teatro público, porque no deja de extrañar que trascurrido año y medio su director titular todavía no se haya estrenado como director de una producción, mientras ha dirigido dos espectáculos fuera de su teatro. Acerca de los otros dos teatros municipales, el de la Villa y el Madrid, se rumoreó a principios de temporada sobre el cambio de gestión, pero el tiempo pasa y el primero sigue abierto a espectáculos de productoras privadas, mientras que el segundo sigue cedido a una empresa particular, Artibus, de José Manuel Garrido, que, en la próxima temporada, parece que apostará más por la danza.

Gerardo Vera, en el Centro Dramático Nacional, propuso una programación en la que se atisban algunas de las pautas de próximas temporadas: presencia de Valle-Inclán, títulos de autores contemporáneos incuestionables, oportunidades a los autores españoles —ha creado un comité de dramaturgos para que trabajen junto a los jóvenes autores— e invitación a directores extranjeros para montar un espectáculo. Proyecto sobre el papel interesante, aunque ya se han escuchado protestas de autores españoles vivos, porque no parece que tengan cabida en el CDN.

La otra vertiente, los resultados artísticos de las producciones, ha defraudado. Frustrantes resultaron los montajes de tres directores catalanes, Duran, Simó y Pasqual: espectáculos caros, de escaso interés para el público, que les dio la espalda en taquilla, y mediocres. Duran no se creyó, ni entendió *Himmelweg, camino del cielo*, el complejo texto de Juan Mayorga, lo ahogó en una escenografía desmesurada y lo resolvió con una puesta en escena y una dirección de actores en contra del estilo del texto. Simó no comprendió *Cara de Plata*, hasta el punto de aproximar este Valle-Inclán al rancio naturalismo que tanto combatió el autor gallego; la elección de actores tampoco resultó afortunada. Pasqual presentó un *Roberto Zucco déjà vu*, pues no realizó una relectura del texto de Koltès que supusiera alguna novedad sobre la versión de Barcelona, presentada años atrás; por otra parte, al siempre seguro Pasqual en la dirección de actores, le fallaron algunos, que no captaron el subtexto del autor francés.

La temporada en la sala principal del María Guerrero se cerró con un espectáculo que despertó expectación, *Infierno*, inspirado en la *Divina Comedia*, de Dante, y en *Dantes Divinus*, de Nenad Prokic, dirigido por el esloveno Tomaz Pandur. La propuesta, cargada de imágenes visuales, impacta en los primeros compases para decaer pasados los primeros veinte minutos, cuando la plasticidad visual, más allá de la belleza, empieza a carecer de significado. Pero el mayor problema de *Infierno* radica en la deficiente dramaturgia: sin una coherencia interna y alejada de la técnica teatral, más parece el soporte de una exposición de artes plásticas. Tras esta temporada, en la que los deseos han superado a las realizaciones, queda la confianza en que la próxima, con dos salas (se inaugurará la del antiguo Teatro Olimpia, que llevará el nombre de Valle-Inclán, con *Divinas palabras*, dirigida por Vera) y más tiempo para la elección de textos y directores resulte más satisfactoria.

A la Compañía Nacional de Teatro Clásico, dirigida por Eduardo Vasco, le ha correspondido apechugar con el maldito centenario cervantino, que le obligó a programar dos Cervantes, *La entretenida* y *Viaje al Parnaso*, además de un Lope, *El castigo sin venganza*. Poco cabe decir de *La entretenida*, con dirección de Helena Pimenta: el texto la ahogó, resintiéndose el ritmo de la puesta en escena; por otra parte, la contemporaneización, con la acción situada en los años setenta, para aligerar el texto y acercar el espectáculo al público, en vez de cumplir objetivos le desconcertaron. *El castigo sin venganza* sirvió de tarjeta de presentación para Vasco. Más allá de



Castigo sin venganza, de Lope de Vega, representada per la Compañía Nacional de Teatro Clásico. (Chicho)

los resultados, tras la puesta en escena se percibe el sello con el que Vasco pretende marcar: una personalidad, marcada por la palabra, como elemento principal, la organicidad de los actores para acompañar al texto, y una escenografía sobria. Esta línea resulta atractiva, pero le queda por delante un trabajo esforzado, porque lo que pide a sus actores es algo todavía no asimilado en las primeras funciones del drama de Lope de Vega. Olvidar el rengloneo o suprimir el énfasis declamatorio lo conseguirá si los actores mantienen su compromiso de permanencia en la CNTC.

Estas dos unidades de producción y el Teatro de la Zarzuela trabajan para configurar una nueva estructura organizativa a partir del próximo mes de septiembre. La aspiración pasa por su conversión en unidades de producción autónomas. El Ministerio procedería a nombrar director; aportar el presupuesto y controlar la gestión, pero no intervendría en la configuración de la programación, ni en las cuestiones administrativas o económicas. La positiva idea se encuentra con muchas dificultades administrativas y obstáculos de funcionarios que no desean que estos teatros públicos levanten el vuelo del INAEM. Tampoco queda claro cómo se configurará la plantilla de técnicos, los pies de barro de estos teatros de titularidad estatal. En este nuevo mar-

co administrativo, quizás deban controlarse varias cuestiones: los salarios (parecen excesivos los cuarenta y cincuenta mil euros por dirección), las invitaciones que se rumorean (a dirigir en otros teatros públicos al margen de aquel del que son titulares y sin renunciar a honorarios) y las llamadas a autores a trabajar en el CDN (el modelo del Royal Court de Londres funciona con criterios de mayor objetividad y sin asomos de favoritismo).

Otros teatros

La temporada en el teatro de La Abadía se ha caracterizado por la atonía. Celebración del décimo aniversario, pocos estrenos y un José Luis Gómez muy ausente del día a día del teatro. De este panorama gris se salvó *Hamelin*, de Juan Mayorga, dirigido por Andrés Lima al frente de su compañía Animalario. Se trata, tal vez, del mejor texto de Mayorga, que reflexiona sobre la culpa moral de toda la sociedad en un caso de pederastia. La dirección inteligente y sobria ayuda a golpear las conciencias.

Las salas alternativas, como es habitual, han presentado una oferta variada. Entresaco tres acontecimientos de interés: el estreno de una comedia de Javier Yagüe, *Café*, en la Cuarta Pared, en la que con sus planteamientos habituales cuestiona en clave de humor las dependencias y manías de la sociedad. El ciclo de la Sala Pradillo dedicado a la dramaturga inglesa Caryl Churchill, con tres interesantes y difíciles montajes (*Un número*, en el que aborda el problema de la clonación, *Helado*, el análisis de una pareja que intenta escapar de la opresión social y psicológica de la sociedad, y *En una nube*, que habla del mundo sexual y de las consecuencias que éste tiene en todos los órdenes de la vida), subidos a escena con el esfuerzo de tres compañías vocacionales y la programación de un ciclo sobre obras de Beckett en una sala alternativa. Junto a estos acontecimientos, dos propuestas de interés en la Sala Fernando de Rojas del Círculo de Bellas Artes: *Así que pasen cinco años*, dirigida por Alonso Callero, con un reparto variado integrado por jóvenes actores y otros recién egresados de la Resad, y *Ligazón* y *La rosa de papel*, de Valle-Inclán, dirigidas por Juan Margallo. Intuición y talento que abre un compás de espera en la primera; y expresionismo y fuerza en el segundo.

El teatro comercial ha registrado tres éxitos arrolladores: *La cena*, de Jean Claude Brisville, dirigida por Flotats, e interpretada por él mismo y Carmelo Gómez, ofrece al público lo que espera encontrar en una obra de lucimiento de los actores; *El diario de Adán y Eva*, de Sola y Oteyza, en su segundo año triunfal: una comedia de texto, sentimental y bien construida que permite una interpretación celebrada de Miguel Ángel Sola; y *El método Grönholm*, de Galcerán, dirigida en Madrid por Tamzin Townsend, e interpretada por Carlos Hipólito y Cristina Marcos, entre otros.

Antes de finalizar este repaso, destaco la mejora de los festivales, el de Otoño, que gana en categoría de las propuestas y en público, como ya reseñé en el número 45 de esta revista, y los Veranos de la Villa, con una programación atrayente, ante todo, en danza. Habrá que esperar al próximo año para comprobar si esta línea emprendida se consolida y mejora. Por lo demás, reseñar el éxito de los musicales de franquicia en una temporada mediocre que, en conjunto, no pasará a la historia.